



XXV

Y al lado de todo esto, señores, mirad á España. ¡Qué energía, qué vida, qué potencia la del sentimiento nacional!

Roma en tres años conquista las Galias, en setecientos años no dominó á España. Un paseo militar es la invasión de los bárbaros en todas partes: tres siglos de grandes generales no alcanzan jamás, no ya á confundir, ni siquiera á asimilar los españoles á sus señores. Carlo-Magno reúne los longobardos, las tribus de Italia, las tribus sajonas de Alemania; somete todas las razas, y en vano se propone, no ya dominarnos, socorrernos; viene á España, y España le contesta con Roncesvalles. Los normandos

se establecen en Francia, se establecen en Inglaterra, se establecen en Italia; bastan unas cuantas hondas de nuestros gallegos para expulsarlos de las sagradas costas españolas. Se admiran mucho de que se tardara setecientos años en expulsar á los árabes. ¡Setecientos años! Pues ¿quién vino aquí? ¿Vino, por ventura, un pueblo? Vinieron dos continentes; vino el África entera, vino el Asia, vinieron tribus de todos estos grandes continentes. Y ¿qué hicimos nosotros? ¿Qué hizo la nación española? ¡Oh! los que dicen que no hemos hecho nada por la civilización, ¿saben, adivinan que sin la corona de héroes y mártires que ciñe las crestas del Pirineo, se hubiera convertido en un pesebre de los camellos africanos el altar glorioso de San Pedro? Detuvimos á los árabes en Covadonga, en Clavijo y en Simancas; á los almoravides en Játiva y en Calatrava; á los almohades en las Navas, y á los beni-merines en Tarifa.

Este grande sentimiento nacional es el que, después de vencer á los árabes en setecientos años de lucha, nos lleva al otro lado del Atlántico y descubre un nuevo mundo. Este sentimiento nacional, después de nues-

tra decadencia en tiempo de la casa de Austria, después de las orgías de María Luisa, se levanta frente á frente del hombre de bronce, vencedor de Egipto, vencedor de Italia, vencedor de Prusia, vencedor de Austria, vencedor de Rusia, próximo á vencer á Inglaterra, con pueblos por ejércitos, con reyes por cortesanos, con el cielo por cómplice, con el genio por instrumento; se levanta, sí, y destruye sus monumentos, incendia sus ciudades, afila sus puñales, engendra ejércitos de ciudadanos, envía á sus mujeres para que combatieran con las uñas y dientes, hace soldados hasta de los viejos y los niños, dando á la historia una epopeya que invocaban los rusos en Sebastopol, que los franceses han invocado últimamente en el sitio de París, y que enseña cómo se vence á los conquistadores y cómo se defiende la independencia de los pueblos.

(Del mismo discurso en el Parlamento, los días 22 y 23 de Junio de 1871.)